

The Apostolic Bible Polyglot Translator's Note

I purchased the facsimile copy of the Complutensian Polyglot set a number of years ago. This six volume set was printed in Spain. Each volume is bound in Moroccan leather with a slip cover. Along with the six volume set came a separate bound booklet which gave information on the Complutensian Polyglot. This auxiliary booklet is completely in Spanish. The English translation of the Prologue appears in another article on our internet site...apostolicbible.com/facsimile.pdf. Found within this auxiliary book are chapters explaining the Hebrew, Greek, Aramaic and Latin texts of the Complutensian Polyglot. The following pages are an OCR copy of the original chapter on the Greek text. The book is apparently not copyrighted, and if anyone wishes to translate this document into English it would be most welcome. The Complutensian Polyglot of 1517 is the primary source of the text of The Apostolic Bible Polyglot along with the 1518 Aldine and 1587 Sixtine editions. The Sixtine edition was reprinted in 1709 at Frankfort by Lambert Bos and contains most of the variant readings found in the Aldine and Complutensian Polyglot along with other sources. The 1709 Lambert Bos edition was scanned by this translator and is available on a separate CD-ROM found at The Apostolic Press Bookstore (www.apostolicbible.com/bookstore.htm).

Charles Van der Pool

2009

EL TEXTO GRIEGO

Dr. Natalio Fernández Marcos

Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid

El 10 de enero de 1514 se terminaba de imprimir en la imprenta de Arnao Guillén de Brocar en Alcalá el texto griego y latino del Nuevo Testamento Complutense. Así lo afirma el colofón. En ese mismo año se imprimió probablemente el diccionario griego-latino del Nuevo Testamento, del Eclesiástico y de la Sabiduría. Y el 10 de julio de 1517 se completaba la impresión de todo el Antiguo Testamento griego o Septuaginta. El retraso de la puesta en circulación de la obra hasta 1521/22 debido a la tardanza de la aprobación papal, no impide que valoremos como se merece el significado de estas efemérides para la historia de la filología bíblica. En efecto, la edición complutense del Nuevo Testamento no tenía precedentes; era la primera vez que se imprimía todo el Nuevo Testamento griego dos años antes de que lo hiciera Erasmo. El texto griego del Antiguo Testamento aparecía como edición príncipe de la Septuaginta, uno o dos años antes de que se publicara en Venecia la edición Aldina (1518/19) con anterioridad sólo se había impreso tres veces el libro de los Salmos (Milán 1481; Venecia 1486 y 1498)—. Y por fin, el diccionario griego-latino era el primer léxico griego del Nuevo Testamento y de los Escritos Sapienciales e inauguraba una tradición lexicográfica que desembocaría con el tiempo en los modernos diccionarios del Nuevo Testamento de Kittel y Bauer.

Resulta extraño sin embargo que hubiera que esperar más de medio siglo desde la invención de la imprenta para la publicación del Nuevo Testamento en griego, sobre todo cuando la Vulgata, primer libro impreso (Mainz 1450/56), contaba ya a fines del siglo XV con más de cien ediciones. Junto a la dificultad y costo que suponía la fundición de los tipos griegos, la principal causa del retraso en la impresión del Nuevo Testamento fue sin duda el prestigio de la Vulgata y la posibilidad que ofrecía a los estudiosos la edición del original griego de criticar y corregir la Biblia usada por la Iglesia.

Los caracteres griegos de extrema elegancia fundidos por Brocar fueron, al parecer, los primeros que se conocieron en España y en consecuencia el Nuevo Testamento Complutense representa también el comienzo de la tipografía griega en nuestra patria y, a juicio de los historiadores de la imprenta, es la única contribución original de España a la tipografía griega (Scholder, *Greek Printing Types*, pág. 10). Los tipos griegos utilizados para el Nuevo Testamento están modelados según el estilo de escritura de los manuscritos de los siglos XI-XII; no llevan espíritus ni acentos para mantener la majestad del original y porque los autores griegos contemporáneos del Nuevo Testamento tampoco los ponían (cf. *Prólogo al Nuevo Testamento*, col. 1). Se sirven por el contrario de un sistema de acentuación inusitado que ha desconcertado a más de un especialista extranjero, pero que al lector español no le resulta difícil de comprender. Consiste en la aplicación al griego del acento tónico de nuestra lengua: los monosílabos no llevan acento y en los polisílabos la sílaba acentuada va marcada por el tilde de nuestro acento tónico como apoyo a la lectura y pronunciación del texto (“ne in prolatione modulatione ve dictionum aliquando labatur”, *Prólogo al Nuevo Testamento*, col. 2). En cambio el texto de la Septuaginta mantiene los espíritus y acentos propios de la escritura griega y está impreso con los caracteres cursivos que popularizó el impresor y humanista veneciano Aldo Manucio

(1449-1515). La claridad y elegancia de los moldes griegos del Nuevo Testamento siguen despertando admiración entre los modernos impresores.

Pero la Políglota de Alcalá no es sólo un monumento tipográfico fruto de la pericia de un impresor extraordinario. Detrás está el trabajo filológico de los helenistas de Alcalá. Por eso tenemos que seguir indagando en la calidad del texto griego editado: ¿qué manuscritos utilizaron para la producción de dicho texto?, ¿cuáles fueron los criterios editoriales que presidieron su obra?, ¿qué tipo de texto editaron en definitiva de los muchos que circulaban en los antiguos manuscritos?

Por lo que toca al Antiguo Testamento Griego el Cardenal Cisneros advierte en el *Prólogo al lector*, col. 3/4 que los editores se sirvieron de manuscritos antiquísimos de la Biblioteca Vaticana que le había enviado el Papa León X, y de una copia de un códice del Cardenal Besarión que le envió el Senado de Venecia. Alude además a otros códices que buscó por todas partes sin reparar en esfuerzos y en gastos (“magnis laboribus et expensis undique conquisivimus”). En el *Prólogo al Nuevo Testamento*, col. 2 habla también de manuscritos muy antiguos y corregidos que le envió el mismo León X desde la Biblioteca Vaticana. Es más, en el *Prólogo dedicado al Papa León X*, col. 2 da las gracias a su Santidad expresamente por los códices griegos que amablemente le envió la Biblioteca Vaticana tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento (“tum Veteris tum Novi Testamenti”) y que sirvieron de gran ayuda para su empresa.

Paso por alto lo que estas afirmaciones puedan tener de exageración y género literario propio de los prólogos renacentistas que insisten con frecuencia en la antigüedad de los manuscritos empleados y su gran fiabilidad (“illud lectorem non lateat: quaevis exemplaria impressioni huic archetypa fuisse: sed antiquissima emendatissimaque: ac tantae praeterea vetustatis: ut fidem eis abrogare nefas videatur”, *Prólogo al Nuevo Testamento*, col. 2). No obstante se ha podido comprobar la veracidad de la afirmación del Cardenal Cisneros en lo relativo a los manuscritos prestados para el Antiguo Testamento. En efecto, en el siglo pasado Vercellone descubrió en la Biblioteca Vaticana y editó (*Dissertationi accademiche*, pág. 409) las actas de un inventario de la Biblioteca de León X hecho en 1518 en las que se describen dos códices prestados a España para la preparación de la Políglota Complutense y posteriormente devueltos a la Biblioteca Vaticana: se trata del *Vaticano griego 330* (= 108 del catálogo de Rahlfs) y *Vat. griego 346* (=248 de Rahlfs). El primero contiene desde el Génesis a Tobit (éste último incompleto) y el segundo los libros sapienciales hasta Judit. A estos dos manuscritos romanos habría que añadir otros dos que se conservan actualmente en la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid procedentes de los antiguos fondos del Colegio de San Ildefonso de Alcalá fundado por Cisneros: se trata de los manuscritos 22 y 23 del catálogo de Villa-Amil y Castro (=442 y 1670 de Rahlfs). El primero es copia de una parte del ejemplar del Cardenal Besarión (Venecia, *Bibliotheca Marciana Graecus* 5=68 de Rahlfs) que se extiende desde Jueces a 3 Macabeos, y el segundo contiene el libro de los Salmos con las Odas.

Por el contrario, Vercellone no encontró en el inventario de la Vaticana ningún documento que acreditara el envío al Cardenal Cisneros de manuscritos del Nuevo Testamento. Más aún, León X inició su pontificado el 11 de marzo de 1513, a menos de un año de la impresión del Nuevo Testamento Complutense. ¿Cómo pudo enviar manuscritos para que se utilizaran en la edición de un texto que por entonces ya se estaba imprimiendo? Estos extremos han hecho que algunos autores pusieran en tela de juicio las afirmaciones del Cardenal en el *Prólogo dedicado a León X* y en el *Prólogo al Nuevo Testamento*. Con todo, esta falta de

información, dados los avatares seguidos por algunos manuscritos, no tiene el peso suficiente como para poner en duda la afirmación de Cisneros y parece más verosímil, como han sugerido J.L. Hug y F. Delitzsch, que el envío se produjera durante el pontificado de Julio 11 y por intervención del Cardenal de Médicis (futuro León X) que tenía un gran influjo sobre Julio 11 y le sucedería en el pontificado. En todo caso, si el envío se produjo, dichos manuscritos se han perdido ya que no se aprecia una afinidad textual notable entre el Nuevo Testamento de Alcalá y los manuscritos del Nuevo Testamento que se conservan hoy en la Vaticana (cf. Revilla, *La Políglota de Alcalá*, págs. 115-16). Según los estudios de Delitzsch (*Fortgesetzte Studien*, págs. 35-39) serían el manuscrito *Vaticanus Graecus* 1158 y sobre todo el *Vaticanus Graecus* 366 los que más posibilidades tienen de haber sido utilizados por los filólogos complutenses, pero faltan datos y argumentos de peso para poder defenderlo razonablemente, y además hay otros manuscritos procedentes de Bibliotecas europeas que nunca estuvieron en la Vaticana y que son más afines al texto complutense que los de esta Biblioteca romana.

En suma, el problema de los manuscritos utilizados por los helenistas de Alcalá en parte se ha solucionado (sobre todo para el Antiguo Testamento) y en parte continúa siendo un desafío para los estudiosos. El enigma de los manuscritos empleados para el Nuevo Testamento, que sigue sin encontrar una solución satisfactoria, merece en mi opinión una investigación sistemática que tenga en cuenta toda la documentación manuscrita de la que disponemos hoy en día. Hasta aquí lo que sabemos y lo mucho que aún ignoramos acerca de los manuscritos griegos utilizados por los editores de la Complutense.

Otro de los problemas más debatidos sigue siendo el uso que los filólogos de Alcalá hicieron de la documentación manuscrita que tuvieron a su alcance. En otras palabras, en qué medida respetaron las lecturas de los manuscritos o las corrigieron; con qué criterios de selección eligieron la lectura impresa cuando los manuscritos discrepaban entre sí. El núcleo del debate se centra en dilucidar si corrigieron o no por su cuenta el texto griego para acomodarlo al hebreo o al latín de la Vulgata que se editaban en columnas paralelas. En este punto concreto las opiniones de los estudiosos han evolucionado desde posturas maximalistas que aseguraban que los filólogos complutenses habían corregido el griego de sus manuscritos en infinidad de pasajes hasta juicios más ponderados que, aunque admiten alguna corrección esporádica, ven en la mayoría de las lecturas peculiares de la Biblia de Alcalá variantes de auténticos manuscritos que hoy no conservamos. Entre los representantes de la primera postura se puede mencionar a A. Masius, B. Walton y R. Simon. Walton, por ejemplo, editor de la Políglota de Londres (1657), mantiene que el texto griego de la Complutense está muy alejado de la genuina Septuaginta por ser un conglomerado de esta versión, de añadidos hexaplares tomados de otros intérpretes e incluso de comentaristas griegos con el fin de adaptarla al hebreo (cf. *Biblia Polyglotta, Prolegomena*, pág. 64). Como veremos enseguida esta afirmación es abiertamente exagerada y extrapola a todo el texto Complutense los resultados de un sondeo hecho sobre el primer capítulo de Job. En cambio entre los autores que han tenido en gran estima el texto griego de la Complutense cabe destacar a F. Delitzsch, P. de Lagarde y J. Ziegler, los dos últimas figuras señeras en la investigación de Septuaginta. Ziegler ya notó cómo en Doce Profetas la Complutense transmitía lecturas muy antiguas que han desaparecido de los manuscritos que conservamos y cómo muchas lecturas que se atribuían antes a la elaboración de los editores se han visto recientemente avaladas por nuevos documentos (cf. *Zur griechischen Dodekapropheten-Text*, pág. 309).

En realidad antes de hacer generalizaciones sobre el procedimiento editorial seguido por los filólogos complutenses debería analizarse con mayor detalle libro a libro. El estudio realizado por los distintos editores de la Septuaginta de Gotinga ha revelado, por ejemplo, que en el libro del Eclesiástico la Complutense sigue fundamentalmente al manuscrito 248 pero que en ocasiones se desvía de él con una serie de lecturas peculiares que constituyen una auténtica recensión especial que a veces coincide con la lectura de algunos manuscritos minúsculos y en algunos casos conserva incluso la lectura original desaparecida en el resto de los testimonios griegos. En Tobit los Complutenses siguen casi exclusivamente al manuscrito 248 a pesar de que disponían también del manuscrito prestado por el Cardenal Beasrion y del manuscrito 108 para parte del libro. El problema del comienzo del libro de Job sobre el que se apoyaba el juicio de Walton se ha esclarecido gracias a la edición crítica de este libro a cargo de J. Ziegler: los Complutenses siguieron al manuscrito 248 pero sobre todo en los diez primeros capítulos incorporaron las lecturas de Aquila, Símaco y Teodoción que se encontraban en los márgenes de dicho manuscrito lecturas que a veces afectan a frases enteras— por ser más conformes con el original hebreo (cfr. Ziegler, *Septuaginta*. XI, 4 Job, págs. 5658).

También parece claro que en los libros de los Reyes los Complutenses, al omitir los añadidos de Septuaginta que no tienen paralelo en el hebreo, crearon una nueva recensión más próxima al texto hebreo incluso que la recensión hexaplar (Rahlfs, *Septuaginta Studien* 3, pág. 22). Pero incluso aquí la asimilación al hebreo no parece que haya operado como criterio editorial decisivo si exceptuamos estos casos más llamativos de desajuste entre los dos textos, o el muy particular de los nombres propios que probablemente sometieron a un lírico de unificación para adaptarlos al índice de nombres ya impreso en el tomo sexto (Sáenz-Badillos, *La filología bíblica*, pág. 30). En otros pasajes como el Canto de Débora (Jueces 5) o el Canto de Habacuc (Habacuc 3), los editores no se limitaron a seguir uno de los manuscritos que tenían como base sino que elaboraron con ellos una nueva recensión crítica no tendenciosa y que no carece de interés textual (Delitzsch, *Forgesetzte Studien*, pág. 17).

Delitzsch calificaba al texto seguido por los Complutenses en los libros de los Profetas de problema pendiente (“die noch unerledigte Frage”, cf. *Forgesetzte Studien*, pág. 53), aunque admitía que básicamente se habían servido de los manuscritos 23, 68 y 122 del Catálogo de Rahlfs, procedentes todos ellos de la Biblioteca Marciana de Venecia. Ziegler, en un documentado artículo sobre las variantes de la Complutense en Doce Profetas, publicado a raíz de su edición crítica de dicho libro, llegó a resultados distintos de los de Delitzsch y mucho más precisos (cf. Ziegler, *Zur griechischen Dodekapropheten-Text*). Comprobó cómo buen número de lecturas que se creían exclusivas de la Complutense estaban atestiguadas en el Papiro Washingtoniano del s. 111 d.C., pero descubierto a comienzos de nuestro siglo y publicado por primera vez en 1927. Destacaba asimismo la coincidencia con algunas lecturas marginales del manuscrito 86, con la versión copta achmímica y en especial con la Vetus Latina. Pero el texto más próximo al de la Biblia de Alealá se encontraba sin duda alguna en dos minúsculos, los manuscritos 40 y 42 de la edición de Hohnes-Parsons que sólo conocemos a través del aparato crítico de dicha edición, puesto que los manuscritos mismos han desaparecido (cf. Rahlfs, *Verzeichlnis*, pág. 330). Respecto a un fondo de lecturas exclusivas de la Complutense que Ziegler consideraba retraducciones del latín al griego por parte de los editores, Wevers replica que la tesis de Ziegler no le parece una solución satisfactoria (cf. *Septuaginta-Forschungen*, pág. 105). Y en mi propio estudio (*El texto griego de la Complutense en Doce Profetas*) pude comprobar cómo en las lecturas exclusi-

vas de la Complutense predominan las correcciones contrarias al texto hebreo sobre las adaptaciones a dicho texto, por lo que no puede sostenerse que la igualación al hebreo haya funcionado como criterio editorial de los helenistas de Alcalá. Siguen manteniéndose unos pocos casos en que los editores intervinieron, al parecer, en el texto griego para acomodarlo a la lectura latina de la Vulgata. Pero estas conclusiones distan mucho de las opiniones tradicionalmente esparcidas sobre la adaptación del texto griego de la Complutense al hebreo o al latín. A medida que se estudian con profundidad los libros concretos el problema se revela mucho más complejo y estamos aún lejos de haber despejado todas las incógnitas sobre el trabajo editorial de los filólogos de Alcalá.

Repasando las recientes ediciones críticas de la Septuaginta de Gotinga se puede hacer además otra constatación interesante. En el Pentateuco, además del manuscrito 108 prestado por León X, parece que los editores han seguido también otros manuscritos: en Génesis el 53, en Números el 56 y 129, y en Deuteronomio el 53 y 56 del Catálogo de Rahlfs. Así parece deducirse del elevado número de lecturas que comparte el texto complutense con estos manuscritos. Esta comprobación empírica daría la razón al Cardenal Cisneros quien en el *Prólogo al lector*, antes mencionado, aludía a otros manuscritos conseguidos a base de esfuerzos y grandes sumas de dinero. Por eso sorprende tanto más la postura del gran maestro Max L. Margolis expresada en un estudio inédito sobre el texto complutense de Josué que Greenspoon ha hecho público recientemente (*Max L. Margolis on the Complutensian Text of Joshua*). Partiendo del principio metodológico de que los complutenses no tuvieron acceso a un amplio número de manuscritos en Josué (¡Cierto!, pero ¿quién se atrevería a afirmar que sólo fueron dos?), atribuye el residuo de lecturas complutenses que no coincide con el 108 o el 56 a retroversión de los editores en “Spanish Greek” a partir del latín, aún en el caso de que estas lecturas se encuentren también en algún manuscrito griego conocido (*ibid.* pág. 45). Si como pretende Margolis esas coincidencias son fruto del azar, al menos hay que reconocer en los Complutenses tan singular acierto al retraducir del latín que han logrado reproducir lecturas que figuran en los mismos manuscritos griegos. ¿0 es que circulaban ya, como sugiere Ziegler para Doce Profetas, manuscritos griegos influidos por el latín con anterioridad a la edición Complutense? ...

Por otra parte, que los editores de Alcalá eligieran como base de su edición el manuscrito o la lectura que más se aproximaba al texto hebreo o que de vez en cuando, en casos de discrepancia, corrigieran el texto según el hebreo nada tiene que extrañarnos dados los criterios filológicos vigentes a principios del siglo XVI. Como dice Cisneros en el *Prólogo dedicado a León X*, col. 1, el recurso a los originales ha de ser el criterio de autenticidad en los textos bíblicos traducidos, “ita ut librorum Veteris Testamenti synceritas ex Hebraica veritate: Novi autem ex Graecis exemplaribus examinetur”. Pero no pensemos que este recurso a los originales fue utilizado como criterio supremo ni de forma sistemática sino en contados casos según los libros y procurando extraer de la propia tradición griega— recurriendo incluso a los márgenes de los manuscritos— la lectura que más se conformaba con el original. Es más, en libros como el de Jeremías los Complutenses son conscientes de las diferencias existentes entre el griego y el hebreo, mantienen la validez de la tradición de la Septuaginta y advierten en el prólogo a dicho libro cómo debe respetarse su texto sin intentar corregirla a partir del hebreo: “Alia est Septuaginta interpretum ecclesiis usitata ... Quod ideo praemonemus ne quisquam alteram ex altera velit emendare. Quod singulorum in suo genere veritas observanda est”. Conclusión sorprendentemente moderna por lo que a los textos hebreo y griego, tan discrepantes en el libro de Jeremías, se refiere.

En resumen, no podemos juzgar a los filólogos complutenses con los criterios de la crítica textual de hoy. Su obra fue una titánica aventura intelectual que consiguió hacer revivir en nuestra patria —colmando así el sueño de Cisneros— los estudios bíblicos que hasta entonces se hallaban medio muertos (“hactenus intermortua”).

El tipo de texto editado en el Nuevo Testamento, pese a la penumbra en que siguen los manuscritos utilizados por los Complutenses, es uno de los de mejor calidad entre todas las ediciones de los siglos XVI y XVII. La polémica surgida en el siglo XVIII respecto a las supuestas correcciones de los editores para conformarlo al texto de la Vulgata, gracias a los estudios de M. Gotze se ha resuelto en buena parte en favor del rigor de los Complutenses: la adaptación al texto latino de la Vulgata que tenían al lado no ha actuado en ellos como principio editorial aunque en varias ocasiones hayan realizado correcciones, entre ellas la del famoso *Comma Johanneum* (1 Juan 5,7) que no se encuentra en ninguno de los manuscritos griegos antiguos (cf. Revilla, *La Políglota de Alcalá*, págs. 118-135). Y autores como J. Mills, F. Delitzsch, M. Goguel y más recientemente Bruce M. Metzger lamentan que fuera el Nuevo Testamento de Erasmo y no el de la Complutense el que por diversas causas —no precisamente científicas— se convirtiera en la base del *textus receptus* tantas veces reeditado y en consecuencia ejerciera tanto influjo en la historia del texto del Nuevo Testamento. Ya que el texto del holandés —impreso como él mismo confiesa con excesiva precipitación y con algunas interpolaciones de la Vulgata— es, tanto en el fondo como en la forma, de un valor crítico inferior al de la Complutense (cf. Metzger, *The Text of the New Testament*, págs. 99 y 103).

Hemos visto cómo la calidad del texto griego en el Antiguo Testamento varía de libro a libro. En el Pentateuco y libros históricos siguieron preferentemente al manuscrito 108, y en los Escritos Sapienciales al 248. La elección de estos manuscritos dio como resultado que en algunos libros como los de Samuel-Reyes los Complutenses imprimieran un texto de singular valor que sólo estudios posteriores llegarían a reconocerle. En efecto el manuscrito 108 y por ende la Complutense pertenecen al grupo de manuscritos que Ceriani y Vercellone identificaron como Lucianico desde la segunda mitad del siglo XIX. Un grupo de manuscritos en los que Wellhausen descubrió lecturas de tanto valor textual, comparadas incluso con el hebreo, que llegó a proponer editar su texto por separado al menos en estos libros (*Der Text der Bücher Samuelis*, pág. 223). Y P. de Lagarde editó este texto Lucianico desde Génesis a Ester en 1883 aunque de una forma provisional y precipitada (*Librorum Veteris Testamenti Canoniorum*) y extrapolando al resto de los libros los resultados que sólo eran válidos para Samuel-Reyes. El problema de la recensión Lucianica en el Octateuco continuaba pues pendiente de solución. Los trabajos que el equipo de investigación sobre Biblia Griega viene realizando en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid) dentro del programa de la Biblia Políglota Matritense quieren ser herederos y continuadores de la brillante tradición de nuestros filólogos complutenses. Más de diez años de investigación precisamente de este texto Lucianico, primero en el Octateuco y después en Reyes-Crónicas, han cristalizado en las ediciones críticas de dos obras bíblicas de Teodoreto, principal testigo de dicha recensión por su procedencia geográfica del área de Antioquía (cf. Fernández Marcos - Busto Saiz, *Quaestiones in Reges et Paralipomena, Prólogo*). Tras estos estudios preparatorios nuestro proyecto inmediato contempla la edición del texto antioqueno o lucianico de la Biblia Griega comenzando por aquellos libros en los que el texto de dicha recensión es más relevante, los libros de Samuel-Reyes. Al interés que este texto despertó en los investigadores de la segunda mitad del

siglo XIX, que ya intuyeron sus diferencias con el texto hebreo conocido y en ocasiones su prioridad textual, se añaden hoy nuevos alicientes a raíz de los descubrimientos de Qumrán. Pues dicho texto en su estrato más antiguo, atestiguado ya en Josefo y en la Vetus Latina, está emparentado con el texto hebreo descubierto en la cueva cuarta de Qumrán (4 QSam^{ac}). Los hallazgos de Qumrán nos han hecho caer en la cuenta de algo que ni Orígenes ni Jerónimo sospecharon a pesar de constatar las grandes diferencias entre Septuaginta y el texto hebreo sobre todo en algunos libros: la existencia de un pluralismo textual hebreo en torno a los años que vieron nacer el Cristianismo y el hecho de que la Septuaginta es portadora de variantes reales textuales y literarias frente al texto hebreo transmitido por el Judaísmo. En este texto el polimorfismo de algunos libros de Septuaginta y la coincidencia de su texto con el hebreo de Qumrán en contra del hebreo masorético nos ha hecho ser todavía más cautos y respetuosos con una tradición que se remonta a originales hebreos muy antiguos y a veces distintos del texto masorético. Y es que la Septuaginta se tradujo cuando aún no se había clausurado el proceso de formación literaria de algunos libros del Antiguo Testamento. En estos casos las diversas tradiciones transmitidas tanto por la Septuaginta como por el hebreo deben ser respetadas porque no siempre es fácil probar la prioridad de una sobre la otra, ni distinguir entre evolución literaria y evolución textual del libro en cuestión. Una de estas tradiciones de respetable antigüedad es el texto antioqueno de Samuel-Reyes que se inicia como texto independiente, con transmisión separada del resto de la Septuaginta, probablemente en el siglo 1 d.C. Este texto en algunas secciones constituye tal vez el estadio lingüístico más próximo al original que se puede alcanzar mediante las técnicas de crítica textual, es más o menos uniforme, y mantiene a lo largo de Samuel-Reyes unos rasgos textuales y literarios que le convierten en un paso obligado para la restauración del libro de los Reyes (cf. Fernández Marcos, *The Lucianic Text in the Books of Kingdoms*). Pienso además que el proyecto no sólo está justificado dentro de las actuales corrientes de crítica textual bíblica sino que se está haciendo imprescindible si queremos esclarecer la historia textual y literaria y el proceso de formación de estos libros. Y por fin, nuestro proyecto no se interfiere con ninguno de los que se están llevando a cabo actualmente en otros centros del extranjero en el área de la Biblia Griega. Es complementario de la empresa de Gotinga que está editando magistralmente y a buen ritmo la antigua Septuaginta y constituiría la aportación española en este campo de investigación en coordinación con la magna empresa alemana (cf. Fernández Marcos, *On the Present State of Septuagint Research in Spain*). Su inserción en el programa de la Biblia Políglota Matritense es obvia por cuanto pienso que, a diferencia del pasado, nuestra tarea hoy es editar los diversos textos bíblicos que se nos han transmitido en las distintas lenguas antiguas (siempre con el soporte de una comunidad) y que todos ellos constituyen la Biblia (**τα βιβλία**), en el sentido más pleno de la palabra. Naturalmente que un proyecto de este tipo nos exige evaluar de nuevo todos los datos del pasado y los testimonios más recientes con las técnicas de crítica textual hoy vigentes, en concreto el bloque de manuscritos luciánicos hasta ahora conocidos, la Vetus Latina con toda su complejidad como testigo excepcional de dicho texto, la versión armenia y las citas de Flavio Josefo y de los Padres Antioquenos. Más a todas estas motivaciones de carácter científico felizmente viene a sumarse otra circunstancia particularmente querida: la de editar críticamente y con todas las exigencias científicas modernas un texto que se inserta en la tradición iniciada, con todos los condicionamientos y limitaciones propios de la época, por aquellos geniales pioneros que fueron los helenistas de Alcalá.

BIBLIOGRAFIA

- Delitzsch, F., *Fortgesetzte Studien zur Entstehungsgeschichte der Complutensischen Polyglottenbibel*, Leipzig 1886.
- Fernández Marcos, N., “El texto griego de la Complutense en Doce Profetas”. *Sefarad* 39/1 (1979) 3-25.
- Id., “The Lucianic Text in the Books of Kingdoms”. En *De Septuaginta. Studies in honour of John William Wevers on his sixty-fifth birthday*, edited by A. Pietersma and C. Cox, Toronto/Brandon 1984, 161-175.
- Id., “On the Present State of Septuagint Research in Spain”. En *La Septuaginta en la investigación contemporánea (V Congreso de la IOSCS)*, editado por N. Fernández Marcos, Madrid 1985, 271-285.
- Fernández Marcos, N.-Sáenz-Badillos, A., *Theodoreti Cyrensis Quaestiones in Octateuchum*, Madrid 1979.
- Fernández Marcos, N.-Busto Saiz, J.R., *Theodoreti Cyrensis Quaestiones in Reges et Paralipomena*, Madrid 1984.
- Greenspoon, L., “Max L. Margolis on the Complutensian Text of Joshua”. *Boletín de la IOSCS* 12 (1979) 4356.
- Hanhart, R., *Septuaginta. Vetus Testamentum Graecum Auctoritate Academiae Scientiarum Gottingensis editum. VIII, 5 Tobit*, Gotinga 1983.
- Lagarde, P. de, *Librorum Veteris Testamenti Canoniorum Pars Ptilor Graece*, Gotinga 1883.
- Metzger, Bruce M., *The Text of the New Testament. Its Transmission, Corruption and Restoration*, Oxford 1968.
- Rahlfs, A., *Verzeichnis der plechischen Handschriften des Alten Testament*, Berlín 1914.
- Id., *Septuaginta-Studien* 3, Gotinga 1911.
- Revilla Rico, M., *La Polígloa de Alcalá. Estudio histótico-crítico*, Madrid 1917.
- Sáenz-Badiflos, A., *La Filología Bíblica en los helenistas de Alcalá*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense 1972.
- Scholder, V., *Greek Printing Types 1465-1927*, Londres 1927.
- Vercellone, C., *Dissertazioni accademiche*, Roma 1864.
- Villa-Amíl y Castro, J., *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca del noviciado de la Universidad Central (procedentes de la antigua de Alcalá). Parte I. Códices*, Madrid 1878.
- Walton, B., *Biblia Polyglotta*, Londres 1657.
- Wellhausen, J., *Der Text der Bücher Samuelis*, Gotinga 187 1.
- Wevers, J. William, *Septuaginta. Vetus Testamentum Graecum ... I Genesis*, Gotinga 1974.
- Id., *Septuaginta ... III, I Numeri*, Gotinga 1982.
- Id., *Septuaginta... III, 2 Deuteronomium*, Gotinga 1977.

Id., "Septuaginta-Forschungen". *Theologische Rundschau* 22 (1954) 85-158.

Ziegler, J., "Der griechische Dodekapropheten-Text der Complutenser Polyglotte". *Biblica* 25 (1944) 297-310.

Id., *Septuaginta... XIII² Sapientia Iesu Filii Sirach*, Gotinga 1965.

Id., *Septuaginta ... XI, 4 Iob*, Gotinga 1982.